



Fotografía: Guillermo Barba.

Pensamiento ambiental y arte

El grito de la Tierra en la piel del artista

Ana Patricia Noguera de Echeverri

Grupo de Investigación en Pensamiento Ambiental, Universidad Nacional | Manizales, Colombia
panoguera@gmail.com

A mi amado hijo Darío, por su amor infinito a la vida. In memoriam (1977-2013)

Introducción

El pensamiento ambiental habla en la obra de arte, porque la vida y el arte son lo mismo: creación, auto-poiesis, metamorfosis, tránsito, multiplicidad, singularidad. El pensamiento ambiental se preocupa de la vida. El arte es vida y la vida sólo es posible como labor de arte. El pensamiento ambiental y el arte tienen lugar en la sensibilidad, que es la manera como los cuerpos de la vida se configuran. La vida se hace cuerpo en el contacto. El cuerpo, cualquiera que sea, se realiza como cuerpo en el sentir y ser sentido. La exterioridad, el otro, lo otro, configuran la vida del cuerpo porque éste sólo es, en tanto se disuelve en otro. Arte y pensamiento ambiental son entonces

expansión de lo sensible. Son piel de la tierra, son tierra en pliegue. Una pedagogía de lo ambiental es una pedagogía en la piel de la piel. Pedagogía del sentir, del sentimiento, de la sensación, de la vida. Comprender el alfabeto de la naturaleza en su singularidad es posible si y sólo si abandonamos el sujeto y nos disolvemos en la naturaleza. El arte permite esta disolución. La experiencia estética hace que olvidemos la idea de explotar y dominar la naturaleza, porque permite comprender que somos naturaleza. Una vez sentida, la naturaleza se torna madre, lugar de origen, lugar de vida y muerte. Educar en el sentir es entonces comprender el alfabeto de la tierra: sus vocablos, sus susurros, su grito denso, profundo...

permanente y silencioso. La obra de arte nos permite comprender la tierra. Extraña, bella y estrecha relación: la obra de arte y la tierra están hechas de lo mismo. De este íntimo contacto emerge un pensamiento que piensa este contacto, que se sumerge en él para volver a emerger. Es un pensamiento ambiental; un geo-pensamiento, un pensamiento-tierra, un pensamiento-cuerpo, y un cuerpo-pensamiento. Es un cuerpo que sólo es cuerpo pensando. Esta es la educación ambiental que proponemos: la que permite comprender la lengua de la tierra. La que permite comprendernos como tierra.

Actividades

Cada tarde y noche de miércoles, cada noche de lunes, cada mañana de jueves, cada tarde de viernes... cada día o noche con nuestros discípulos, con nuestras comunidades de vida, se re-funda lo fundado; se re-crea lo creado; se de-construye y re-construye lo construido, y lo que no ha sido fundado, ni creado ni construido. Ante *El grito* (1893, del pintor noruego Edvard Munch); silencio.



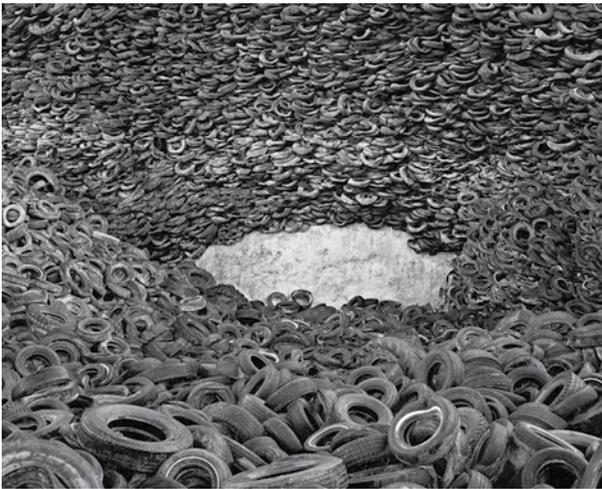
Trágico, profundo... Cuando habla Munch, cuando relata que sintió el grito profundo y grave de la naturaleza; cuando enfatiza que quien grita en su obra es la naturaleza en él, hay una comprensión de otro orden. Una metamorfosis de la mente, del pensamiento, del sentimiento. Munch, el artista, se disuelve en la naturaleza para comprenderla. Escucha su grito y se pinta, lo pinta. No es un hombre gritando, es la naturaleza que grita en el hombre que es naturaleza.

Cada pincelada de esta obra es un hilo del tejido denso de la piel de la tierra. Cielo, tierra, puente, fiordo, hombres, todos, están hechos del mismo material. *El grito* de la naturaleza se expresa en la piel del artista gracias a las pinceladas de Munch en su óleo de 1893. Autorretrato, retrato de un tiempo miserable que ha devenido crisis ambiental como crisis civilizatoria, *El grito* emerge de los confines de la tierra, de las profundidades del mar, de cada cultura devastada, de cada explosión de la tierra producida por la insaciable voracidad del desarrollo.



Como Munch, la tierra grita en esta fotografía. ¿Cuánto dolor y destrucción están detrás de esta inmensa boca, abierta violentamente por el mundo de la industria minera Murowa Diamonds? Incontable e inenarrable el dolor de los seres vivos, de la tierra devastada. La boca gritando pintada por Munch, ha devenido esta boca de la tierra.

Por su parte, el fotógrafo Edward Burtynsky se sumerge en este paisaje del desarrollo para mostrar la otra cara, la oculta, la del grito silencioso de una tierra que ya no soporta el despilfarro.



El fotógrafo brasileiro Sebastiao Salgado es el grito de noventa mil garimpeiros (trabajadores de las minas de oro en Brasil), que en la década de los ochenta fueron esclavizados por la industria minera Vale.



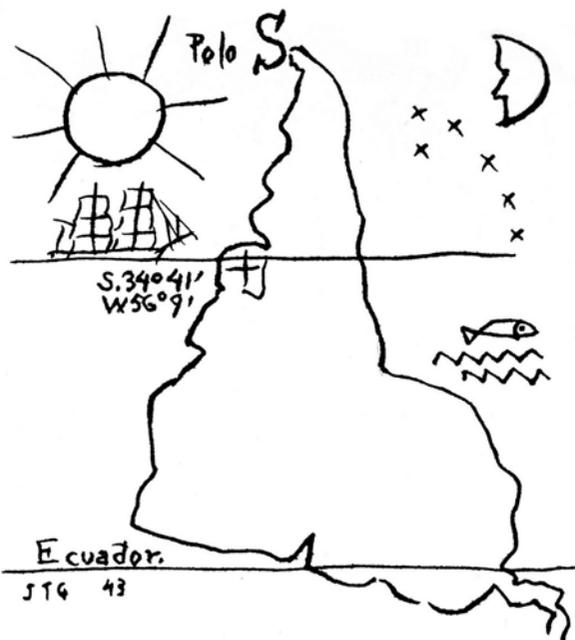
El grito de la tierra es el grito del hombre explotado explotando a su propia madre. ¿Existe algo peor

que ser explotado explotando a la madre? En la voz del artista, la tierra grita. La tierra Abya Yala: tierra en florecimiento, tierra generosa; la tierra donde sopla el viento: amerrique; la gente de la Tierra: mapuche. La tierra del sumakawsay: buen vivir, es pintada por Oswaldo Guayasamín en su momento de dolor supremo. Tres *Gritos* pintados por el maestro, en 1983, expresan no sólo el grito de la tierra, sino el grito de la vida, el grito del hombre latinoamericano... ese otro, hecho del mismo material que las plantas y los animales, pero esclavizado, reducido, vejado, dominado, explotado como la tierra a la que pertenece, pero usurpada por Europa en tiempos de la expansión imperial y, ahora, de la expansión post-colonial.



Cada Grito es sólo una expresión del dolor sostenido de 500 años de explotación, donde tuvimos que renunciar a ser el nosotros-tierra que siempre fuimos, para ser los sin-tierra que hemos sido. No porque pensáramos que la tierra fuera de nosotros, sino porque siempre hemos sabido que nuestro origen es la tierra, como madre, Pachamama, Mapuche, Abyayala. Que somos cuerpos-tierra y que pertenecemos a ella. Las imágenes arquetípicas ambientales comienzan a transformar los imaginarios, siempre colectivos, que mueven la cultura, que hacen que cada cultura sea singular, única, diversa.

Comprender estas obras de arte con nuestros estudiantes, con las comunidades de vida, transforma nuestra maneras de habitar la tierra, porque el arte reúne los tiempos y los espacios en geopoéticas. Propone miradas distintas, miradas-otras que re-encantan el mundo, que recuerdan lo que somos y no lo que hemos querido ser. Cuando miramos la *América Invertida* de Joaquín Torres García (1943)



o la obra *Raíces*, de Frida Kalho (1943), todo cambia.

Ya no somos los mismos. Devenimos otros. Otros en otra Tierra que es la nuestra olvidada; otros hechos de tierra, tejidos en la tierra.



¿Quién no construye-habita-piensa distinto luego de comprender lo que estas obras de arte nos narran? La transformación de nuestro sentir es urgente hoy, cuando el *ethos* del habitar humano se orienta a la devastación de la tierra, en la voracidad sin límites del desarrollo. El pensamiento estético de los artistas es un pensamiento-piel que emerge del cuerpo.

La razón occidental moderna se configuró en clave de una finalidad: la del dominio de la naturaleza para el desarrollo de la sociedad. El concepto de naturaleza necesario para ese dominio fue el mecanicista, donde la naturaleza se consideró dividida en partes y éstas en objetos claros y distintos dispuestos para la investigación científica, el control bio-geo-político y la manipulación tecnológica. El concepto de sociedad necesario para estos fines fue el de una sociedad meta-física, es decir, una sociedad que estaba por "encima" y "separada" de la naturaleza. Una sociedad cuyo proyecto único se consideró universal. A este proyecto se llamó filosóficamente "Modernidad" y económicamente "Desarrollo". Los dos nombres fueron siempre sinónimos, pero la Modernidad se desplegó en la razón universal presente en la ciencia, la política, la ética y la estética, mientras que el Desarrollo se desplegó en la tecnología, la economía y el mercado. Los dos siempre han estado juntos, pues se necesitan para poder realizarse. La educación, como principal forma de configurar los cuerpos, la cultura, la naturaleza, las imágenes de dios, el pensamiento, la ética y la política, se puso al servicio de los paradigmas de la Modernidad, para desplegarlos, realizarlos y expandirlos. La educación "ambiental" necesita de otros lugares de enunciación, de otras maneras de pensar y pensarse, porque los paradigmas de la modernidad

son anti-ambientales, en tanto emergen de la escisión entre hombre y naturaleza y procuran el dominio de la razón sobre la naturaleza.

Lo estético, el sentir, la piel, el cuerpo, dejan de ser “triviales”: a esto fueron y siguen siendo reducidos por las lógicas del mercado global y la publicidad. El pensamiento ambiental encuentra en lo estético, en el sentir, en la piel y en el cuerpo, el lugar desde el cual es posible la educación “ambiental” en clave de una ambientalización de la educación. Encuentra que el arte permite la realización de esta tarea, porque su poder transformador del sentir es infinito. El pensamiento ambiental sabe que en el sentir está la clave del *ethos*. La ética moderna se redujo a máximas universales; el *ethos* ambiental se pregunta por la singularidad de la tierra que se habita, habita y es habitada. El conoci-



miento emergente de la potente relación entre arte y ambiente no se reduce a lo estadístico, o a la fría cuantificación de los “recursos naturales”. Como estos *Dos hombres frente al mar* (1817) del pintor romántico Kaspar David Friederich, que no sólo miran el mar, sino que se pierden en él, para encontrarse.

El conocimiento permitirá asombrarse ante un rayo de sol, disolverse en la naturaleza, conmovirse ante la belleza de las plantas, los animales, la vida. En palabras del poeta Hölderlin (1799):

¡Pero tú brillas todavía, sol del cielo! ¡Tú verdeas aún, sagrada tierra! Todavía van los ríos a dar en la mar y los árboles umbrosos susurran al mediodía. El placentero canto de la primavera acuna mis mortales

pensamientos. La plenitud del mundo infinitamente vivo nutre y sacia con embriaguez mi indigente ser. ¡Feliz naturaleza! No sé lo que me pasa cuando alzo los ojos ante tu belleza, pero en las lágrimas que lloro ante ti, la bienamada de las bienamadas, hay toda la alegría del cielo. Todo mi ser calla y escucha cuando las dulces ondas del aire juegan en torno de mi pecho. Perdido en el inmenso azul, levanto a menudo los ojos al Éter y los inclino hacia el sagrado mar, y es como si un espíritu familiar me abriera los brazos, como si me disolviera el dolor de la soledad en la vida de la divinidad. Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre. ¡Ser uno con todo lo viviente!, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza, esa es la cima de los pensamientos y alegrías, esta es la sagrada cumbre de la montaña, el lugar del reposo eterno donde el mediodía pierde su calor sofocante y el trueno su voz, y el hirviente mar se asemeja a los trigales ondulantes.

Sólo los poetas. Sólo ellos hablan la lengua de la tierra. El maestro deberá ser poeta, pintor, músico. Y esto no exige hacer música, pintar cuadros o escribir poesía. Esto exige que la educación pase de enseñar un mundo dispuesto para el cálculo, la mercantilización y la explotación; *precisio mundi*, a construir con nuestros estudiantes, con nuestras comunidades de vida, la *precultio mundi*: un mundo donde el cuidado, el asombro, la admiración y el afecto por la vida, configuren el currículo escolar. La transformación de los símbolos de la cultura que propone Augusto Ángel Maya será entonces esta *precultio mundi*, reencantamiento del mundo que permite sentirnos tierra, que es agua, viento, fuego, cielo... Así, vamos de-construyendo el sistema ambiental que nuestros Estados han codificado en prepotente clave de recursos: “recurso suelo”, “recurso agua”, recurso aire”, recurso fauna”, “recurso flora”... “cuentas ambientales”, “servicios ambientales”... y vamos construyendo de la mano de René Magritte, en su obra *El seductor* (1953), un sentimiento-pensamiento ambiental que nos seduce: estamos hechos del lugar que habitamos, como el barco está hecho de agua.



Resultados

Nuestras comunidades de vida reaccionan de inmediato. Comienzan las preguntas guardadas desde la infancia, pues había temor de hacerlas: ¿por qué la educación está orientada al éxito económico y no a comprender la densidad compleja de la vida? ¿Por qué la crisis ambiental ha sido reducida a crisis de “recursos naturales”, cuando la naturaleza, y nosotros en ella, no es recurso sino un hermoso tejido autopoiesico sin el cual no es posible la vida? ¿Por qué la educación ambiental se ha confundido con educación para el desarrollo sostenible? ¿Debemos transformar todo el aparato educativo? Nuestros estudiantes comienzan a pensar, y a pensar la educación impartida por nuestras escuelas. La crítica ambiental emerge, abierta, en resistencia a las imposiciones de nuestros Estados neoliberales y sumisos, que en los albores de este trágico siglo XXI, ya se muestran frágiles, sometidos, vergonzantes ante la sola idea de que los tilden de “sub-desarrollados”, “atrasados”, “incompetentes”. Nuestras comunidades de vida van comprendiendo la necesidad de construir alternativas al desarrollo, alternativas culturales, maneras-otras de habitar esta tierra. Las disciplinas y las profesiones, las tecnologías y las ciencias que se enseñan y se investigan en nuestras escuelas, son interrogadas por nuestras comunidades de pensamiento ambiental. El *grito* de Edvard Munch, los tres *Gritos* de Oswaldo Guayasamín, son mucho más potentes que las cifras de una

ininteligible estadística. No necesitamos las cifras, las cuentas, para comprender las narraciones, los “cuentos”, la lengua, el alfabeto doloroso de la tierra. Comienza un sentimiento-pensamiento ambiental gracias a las pinceladas del artista-poeta que en sus pinturas-escrituras narra, como ningún informe técnico sobre “recursos naturales”, sobre la crisis civilizatoria que vivimos hoy, e impulsa, sin necesidad de “proyectos”, “recursos”, y otros implementos técnicos que hoy constituyen la educación “ambiental”, a la construcción de trayectos-otros, andares diversos, travesías distintas en un habitar poéticamente esta tierra, urgencia de la educación, hoy.

Recomendaciones para la acción

Educar en lo ambiental es reconfigurar la sensibilidad: el sentir y ser sentidos, los afectos como afectaciones. Por ello es urgente desencantar el mundo de la Modernidad, para re-encantar el mundo de la vida. La obra de arte permite esto, no como herramienta didáctica sino como expresión de la tierra en la piel del artista. Si queremos educar en lo ambiental, tenemos que comprender que sólo habitamos respetuosa y bellamente esta tierra, si la habitamos en labor de arte, como nos lo recuerda el filósofo español José Luis Pardo Torío; poéticamente, como nos lo pregunta Heidegger y lo propone Edgar Morin. El reencantamiento del mundo, que ha sido nuestro trayecto siempre abierto a la palabra de la tierra.

Menos metodología y más un atreverse a caminar por las sendas del sentimiento-pensamiento ambiental. No creación de empresa ambiental y sí creación de un sentimiento-pensamiento ambiental, lo que sólo es posible deviniendo habitantes-artistas, habitantes-poetas. Recordemos que poético viene de póiesis y póiesis es crear, construir, hacer. Entonces recomendamos que el maestro devenga poeta.



Fotografía: Sayri Karp.

Lecturas sugeridas

ÁNGEL MAYA, CARLOS AUGUSTO (1996), *El reto de la vida*, Bogotá, Ecofondo.

NOGUERA DE ECHEVERRI, ANA PATRICIA (2004), *El reencantamiento del mundo*, Manizales, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA)-Oficina Regional para América Latina y el Caribe/Universidad Nacional de Colombia, en: <http://www.ambiente.gov.ar/infoteca/descargas/nogueira01.pdf>

NOGUERA DE ECHEVERRI, ANA PATRICIA (2012), *Cuerpo-tierra. El Enigma, el Habitar, la Vida. Emergencias de un pensamiento ambiental en clave del reencantamiento del mundo*, Madrid, Editorial Académica Española.

PARDO TORÍO, JOSÉ LUIS (1991), *Sobre los espacios: pintar-escribir-pensar*, Barcelona, Serbal.

El arte nos ayuda a penetrar la opacidad del mundo.

Albert Camus. Novelista, ensayista, dramaturgo, filósofo y periodista francés. 1913-1960.